

CULTURA

Edición de hoy a cargo de Pablo Ginera
www.lanacion.com/cultura | @LNCultura | Facebook.com/lanacion
cultura@lanacion.com.ar

Marcel Duchamp en Buenos Aires. Huellas de una vanguardia invisible

Entre 1918 y 1919, el artista francés vivió en una casa de la calle Alsina al 1700, convertida ahora en lugar de peregrinación; ajedrez, performances callejeras e invenciones porteñas

Fernando García
PARA LA NACION

A la hora de los discursos y los aplausos, del desfile de autoridades y el descubrimiento solemne de las placas, una mujer de vestido, anteojos, pelo revuelto entrecano, acaso unos setenta y cinco años, observa curiosa la escena desde el balcón del primer piso. A cada aplauso cerrado, ella responde golpeando la palma de su mano izquierda contra el gastado hierro verde de la baranda. Es miércoles a la tarde y la rutina de la calle Alsina al 1700 se ha visto alterada. El corte de la calle es lo de menos, estamos en zona roja de marchas y manifestaciones. Pero ahora lo que hay en torno a la fachada del 1743 son mesas de ajedrez y gente jugando realmente al ajedrez; una manta reproduciendo un tablero gigante sobre la calle y un bar, el bar Oscar, aquí desde 1977, literalmente intervenido. Sobre los vidrios del Oscar hay, y esto llegó para quedarse, dos fotografías estampadas en *transfer* de Marcel Duchamp jugando ajedrez y en el límite del techo del bar con el balcón del primer piso, una frase del artista francés estampada en neón: "La elección es ida y vuelta".

A partir de este acto, el 1743 de Alsina ha dejado de ser el destino secreto de la secta de duchampianos de Buenos Aires y el mundo entero que sabían que el creador del *ready made* y culpable del enigma insoluble del arte contemporáneo (que casi cualquier cosa pueda ser arte y no al mismo tiempo) vivió en el departamento 2 de esta casa entre septiembre de 1918 y junio de 1919. Ahora no hay una sino dos placas en la puerta (Gobierno de la Ciudad y Embajada de Francia) que se lo dicen al transeúnte al unísono: "Aquí vivió el artista Marcel Duchamp entre 1918 y 1919".

Un edificio flamante entonces (se había construido en 1907) que aún ruinoso deja vez tras vez de garbo modernista. En el extremo izquierdo del balcón, restaurado para la ocasión, todavía se puede leer la firma de los arquitectos que lo diseñaron: Prins & Rahzenhofer. "Es una joya", apunta Silvia Fajre, directora del área de Patrimonio de la Undef, que tuvo la idea original de poner en valor el sitio Duchamp en Buenos Aires como parte del despliegue de la inabarcable Bienal Sur. Es una joya porque quedan en Buenos Aires muy pocos rastros del secesionismo vienés al que adhería Rahzenhofer y que en *mix* con el academismo de su socio daban como resultado este tipo de casas. Una crónica de 2008, cuando se realizó la primera muestra antológica de Duchamp en Buenos Aires,

curioso, Cortázar fue el primero que recién en 1967 se refirió a la estadia porteña de Duchamp en dos ensayos ("De otra máquina célibe" y "Marcelo Del Campo o más encuentros a deshora") publicados en *La vuelta al día en 80 mundos* y *Último Round*. Hasta entonces nadie nunca había consignado la estadia de Duchamp en Buenos Aires.

El dadaísta había llegado de Nueva York en un viaje de 27 días en el Crofton Hall en la escala final de su huida de París en 1915 para evitar el reclutamiento a la Primera Guerra Mundial. Lo que se sabe de su visita se ha podido reconstruir gracias al epistolario que Duchamp mantuvo con coleccionistas y mecenas de Nueva York. Sabemos de su intento de establecer una avanzada cubista aquí ("No hay rastros de cubismo ni de cualquier otra elucubración moderna aquí"); de sus apuntes filosóficos ("Buenos Aires no existe. Apenas una gran ciudad de provincia llena de gente rica sin el menor gusto"), de su actividad central ("Me lancé al juego del ajedrez. Pertenzo al club local y de las 24 horas del día paso un buen número ahí"). El correo, publicado en parte para el catálogo de la muestra en Proa, define la fecha de su partida y también atestigua los sucesos de la Semana Trágica de 1919. El 3 de mayo se puede leer: "Huelgas, muchas huelgas, el pueblo se moviliza. Dejo Buenos Aires rumbo a Francia el 15 de junio".

Se sabe que el autor de *Urinario* (el *ready made* de un mingitorio) no mantuvo contacto con el medio artístico local y de hecho su influencia sólo se hizo sentir recién a principios de los 60 en la obra de Alberto Greco y Kenneth Kemble. Fuera de eso, su estadia porteña ha generado su propia hermenéutica con libros

El dadaísta había llegado de Nueva York en un viaje de 27 días en el Crofton Hall, en la escala final de su huida de París para evitar el reclutamiento a la Primera Guerra Mundial

Julio Cortázar fue el primero que recién en 1967 se refirió a la estadia

como Duchamp en los trópicos, de Raúl Antelo, o *Literatura y arte argentinos después de Duchamp*, de Graciela Speranza. Estos estudios postulan desde los rastros de su estética en algunos avisos de Caras y Caretas hasta la preparación en su estudio de *El gran vidrio*, una de las piezas más herméticas de su repertorio y del siglo XX también.

Alicia Herrero, una artista que lleva a las formas del arte concreto variables económicas globales, exhibe por estos días una réplica y *remix* de esa obra clave de Duchamp sospechada de porteñidad. Su pieza de acero, aluminio y vidrio, montada en la galería Enrique Faria, respeta las medidas originales, pero reemplaza las variables de las máquinas y los novios por la representación cartesiana que indica la distribución de la riqueza mundial en 2016 de acuerdo con el Instituto de Investigación del Credit Suisse. Lo que Herrero exhibe en "Una teoría visual de la distribución" es parte de un proyecto más ambicioso para el centenario de la estadia porteña de Duchamp. Herrero, becada por el Fondo Nacional de las Artes, se propone crear "un conjunto de trabajos que dialogan con obras de Marcel Duchamp que se incubaron, se realizaron o estuvieron en proceso durante su estadia en Buenos Aires".

Para 2018 se espera también que en el espacio de arte contemporáneo del Hotel de los Inmigrantes se muestre una selección de las obras del Prix Duchamp, que todos los años organiza el Centro Pompidou de París. Y más: en Muntref sueñan con organizar para el centenario un gran coloquio sobre el dadaísta con centro neurálgico en... el bar Oscar. En tiempos de Prins, Rahzenhofer y Duchamp, un glamoroso cabaret.

Tuvieron que pasar 99 años para que la vanguardia colonizara finalmente la vida. El Oscar ahora mismo. Las vidrieras dedicadas a un jugador de ajedrez que dicen que era artista; el nombre del bar pintado en vidrio cumpliendo con un aforismo de su autoría y el agregado de dos fotografías blanco y negro del ajedrecista-artista en la pared del bar. Lo surrealista no es la pose de Duchamp sino su superposición al santuario de Oscar. Duchamp vuelve a ser un extraño, ahora entre el papa Francisco, los Hermanos Ávalos, Pappo, Coco Sily, el Chaqueño Palavecino y Marquitos Di Palma. Lo que Dadá quería: fuera del sistema del arte, de los museos.

En el Oscar, Alicia retira la mesa. Se le pregunta si estaba al tanto de que tenía un vecino ilustre. "Sí, sí, sí", dirá ella bajito. Y se le vuelve a



En el bar Oscar, Duchamp es un "vecino" ilustre



El gran vidrio según Alicia Herrero GZA, ENRIQUE FARÍA BUENOS AIRES



El policial que anticipó los casos de acoso sexual

NOVEDAD. En *The late show*, Michael Connelly crea una mujer policía

Guillermo Altaras
EL PAÍS

MADRID-. No todas las novelas negras son novelas policíacas, si quiera son novelas de policía más, no todas las novelas de policía analizan, de verdad, en qué con el trabajo policial, con toda la burocrática, los problemas con jefes, la dificultad para montar caso y para navegar en una administración a veces tan hostil en las calles. De eso tratan la mayoría de los libros del estadounidense Michael Connelly, que no sólo ha gresado con su policía Harry Bosch sino que ha creado un nuevo personaje, la agente Renée Ballard, policía sin domicilio fijo y sur que protagoniza *The Late Show* ahora sólo en inglés).

The Late Shows una de las tres novelas de Connelly (Filadelfia, 1959), autora ya de 31 títulos, pero nunca se ha dejado llevar por la fama. Es verdad que tiene una serie de temas recurrentes, a los que regresa una y otra vez, como la investigación de viejos casos, pero sus libros siempre ofrecen algo nuevo, entre otras cosas porque demuestra un enorme olfato para elegir los temas que hay que olvidar que primero fue periodista de sucesos antes del salto a la literatura. En el caso de este libro, Connelly intuyó el que ha convertido en el tema del año en Estados Unidos (y en gran parte del mundo) tras el estallido del escándalo en torno al productor Harvey Weinstein: el silencio ante el acoso sexual, la dificultad de las víctimas para denunciar y el hecho de que al final, sean muchas veces las penalizadas, no los propios autores. *The Late Show*, "el protagonista nocturno", hace referencia al que le ha tocado a la policía Renée Ballard, que pese a ser una de las mejores investigadoras de los días acaba trabajando toda la noche. ¿Por qué? Es un castigo por haber presentado una demanda por acoso sexual contra su supervisor. El propio Connelly explica así en un entrevista con *The Washington Post* la introducción de este nuevo personaje: "El Departamento de Policía de Los Ángeles, como la mayoría de los departamentos de policía, es una burocracia dominada por hombres. Las mujeres se enfrentan a muchos problemas. Mi personaje tendrá que superar muchos obstáculos y ficción, quieren crear personajes que se enfrentan a obstáculos".

La novela anuncia una nueva serie muy apetecible, porque Ballard es un gran personaje: una personaje valiente y muy inteligente, capaz para investigar, que mueve en los márgenes del sistema y con un código de valores claro, que se empeña en mantener incluso cuando puede ocasionar grandes problemas. En eso, se parece mucho a nuestro viejo amigo Bosch. En *El lado oscuro del alma*, recién publicado en español, ya no está en la policía de Los Ángeles, sino que tiene dos trabajos a la vez, uno recibe un encargo de detective privado por parte de un multimillonario -encontrar a una mujer-, por otro comienza a trabajar en la policía de San Francisco.